

punto en que la circunstancia mas insignificante le haria estallar, como sucedió, presentándose irresistible en contra de un opresor que no podia prolongar su odioso despotismo. El rompimiento de los mexicanos y tlaltelolcas contra el monarca tecpaneca, puso á este en la imposibilidad de ocurrir con todas sus fuerzas al encuentro del príncipe chichimeca, quien encontró el camino abierto hasta la capital de su imperio, no teniendo mas obstáculos que las guarniciones que halló á su paso y que arrolló fácilmente. Todo esto demuestra de una manera satisfactoria, que las victorias obtenidas por Nezahualcoyotl, si bien de una importancia extraordinaria, están muy lejos de ese carácter maravilloso que la imaginacion de algunos historiadores ha pretendido darle.

Réstanos explicar un hecho que parece á primera vista no conformarse con la prudente prevision del príncipe, y es, que en lugar de marchar con todo su ejército á destruir al tirano de Azcapuzalco, despues de la ocupacion de Tezcoco, despide á sus aliados, y cual si ya no tuviera enemigo que combatir, se dedica á organizar la administracion de su imperio. No podia ocultársele que los mexicanos y tlaltelolcas, abandonados á sus solas fuerzas, sucumbirian tarde ó temprano, y en tal caso era fácil prever que el tirano cargaria sobre él con todos sus recursos, quedando tal vez expuesto á perder todo el fruto de sus victorias. Tampoco puede suponerse, como los mexicanos llegaron á creerlo, que un bajo deseo de venganza por los agravios que le habia hecho á su padre el emperador Ixtlixochitl, uniéndose con los tecpanecas y ocasionando su destronamiento y su muerte, le hubiese retenido en la inaccion, dándose el estéril placer de ver destruidos á los que habian tenido tan principal parte en su ruina. Un comportamiento de esta naturaleza no cabia en el alma generosa, y sobre todo, en las dotes de profundo político que caracterizan á Nezahualcoyotl. La verdad es que los mexicanos eran aborrecidos de los demas pueblos; que estos, por lo mismo, se negarian á formar causa comun con ellos, y que el príncipe, poseyendo un perfecto conocimiento de la si-

tuacion, se vió en la necesidad de apelar á sus propios recursos, levantando fuerzas en sus Estados, organizándolas y proveyéndolas de todo lo necesario, pues consideraba que tenia necesidad de ponerse en un pié respetable para combatir á los mismos que entonces eran sus aliados; maniobras todas que requerian tiempo y que explican muy satisfactoriamente esa aparente indiferencia por la suerte de tlaltelolcas y mexicanos, y por su mismo porvenir. Por lo demas, los sucesos que vamos á narrar justifican por sí solos las apreciaciones que dejamos hechas.

XXV.

La série de victorias obtenidas por Nezahualcoyotl en tan corto tiempo, dejó verdaderamente aterrado á Maxtla, quien distraído en su guerra con los mexicanos y tlaltelolcas, le era imposible oponer un ejército harto numeroso á los avances de su triunfante enemigo. Determinó, pues, acabar cuanto antes con ellos, apresurando las operaciones y multiplicando el número de sus fuerzas, para dirigir en seguida toda su atención al que ya podía ser considerado como emperador de Tezcoco. Nezahualcoyotl, por su parte, se consagró, según hemos dicho antes, al arreglo de sus Estados, y á levantar al mismo tiempo gran número de fuerzas, cuidado que confió á Iztlacautzin, uno de sus generales, á quien dió el señorío de Huexotla, como sucesor de su padre Tlacotzin.

Urgidos entretanto los mexicanos por el ejército tepaneca, y temiendo que la conducta del príncipe fuese el resultado de una venganza calculada por antiguos agravios, determinaron enviarle una embajada, demandando su auxilio y pidiéndole perdón por su pasada conducta. El encargado de desempeñar esta delicada misión, fué Moteuhzuma, sobri-

no de Itzcohuatl, á quien sucedió más tarde en el trono, recibiendo el nombre de Ilhuicamina.

Nezahualcoyotl recibió perfectamente al embajador, manifestándole las causas que había tenido para no haber ocurrido más pronto á ayudar á los mexicanos contra el usurpador. Comprendiendo, sin embargo, que las circunstancias eran demasiado aflictivas para estos, y no siendo todavía suficientes los recursos que había aglomerado, tuvo necesidad de apelar de nuevo al auxilio de sus aliados, y mandó al mismo Moteuhzuma con su compañero Tepolomichin, cerca de Tochintecuiltli, señor de Chalco, para que le hiciese presente la voluntad del emperador y moviese otra vez sus fuerzas en la nueva campaña que iba á emprender. Con igual objeto despachó otros comisionados á Huexotla para que comunicasen sus órdenes á Iztlacauhtzin.

No obstante, el odio profundo que el señor de Chalco profesaba á los mexicanos, se sobrepuso á la alianza celebrada con Nezahualcoyotl; así fué que apenas supo de Moteuhzuma el objeto de su llegada, cuando prorumpiendo en injurias é imprecaciones contra el emperador, porque en lugar de destruir á sus antiguos enemigos trataba de favorecerlos, redujo á prisión á los embajadores y los mandó á Huexutzinco, revelando á los señores de aquella provincia lo que consideraba como un atentado de parte del príncipe, y recomendándoles que sacrificasen á los prisioneros que con tal objeto les enviaba.

Los huexutzinecas, por su parte, se indignaron con la conducta del señor de Chalco, y le devolvieron á los embajadores mexicanos, diciendo que no encontraban en ellos un delito bastante para darles muerte. Entonces Tozintecuiltli los puso en una jaula bajo la guarda de Quateotzin, y mandó decir á Maxtla que dispusiese de la suerte de los prisioneros, creyendo por este medio infame conquistar de nuevo los favores del tirano; pero este, profundamente resentido con la conducta del de Chalco, le contestó que hiciera lo que se le antojara con los mexicanos; que por lo que á él tocaba nin-

guna necesidad tenia de sus tropas, y concluia amenazándole con que muy pronto sus valientes tecpanecas irian á hacerle sufrir el castigo merecido: justa humillacion para quien con tamaña perfidia se habia manejado. En cuanto á Moteuhzuma y su compañero, lograron salvar la vida, merced á los nobles oficios de su guarda Quateotzin, que por medio de un criado llamado Tonalhuac, les proporcionó la fuga, pagando con su cabeza aquella generosa accion.

Al llegar los embajadores escapados á Tezcoco, el príncipe se hallaba ya informado de todo lo sucedido, pues los huexutzincas, fieles aliados suyos, habian puesto en su noticia el villano proceder de Tozintecuhtli. Al mismo tiempo habia sabido Nezahualcoyotl que Iztlacautzin, en vez de obedecer sus órdenes en Huexotla, luego que le informaron que aquel levantamiento de fuerzas tenia por objeto auxiliar á los mexicanos, hizo despedazar á los emisarios que le habian comunicado dichas órdenes, y se declaró en contra del príncipe. Este, obrando con la actividad que el caso demandaba, previno á los huexutzincas y á los tlaxcaltecas, que con la mayor prontitud posible enviasen sus tropas á Tezcoco mientras que encargó á su hermano que organizase á los que permaneciendo fieles habian abandonado á Iztlacautzin, y que levantase las fuerzas necesarias para resguardar las fronteras de Huexotla, y evitar cualquiera sorpresa del jefe sublevado.

Entretanto, el señor de Chalco, viéndose solo y humillado, pues á la vez se habia atraído el enojo de Nezahualcoyotl, la indignacion de los huexutzincas y la cólera de Maxtla; viéndose ademas burlado en sus proyectos al saber la evasion de los embajadores mexicanos, convirtió por de pronto toda su ira contra el autor de ella, á quien mandó quitar la vida juntamente con su mujer, hijos y criados, lo mismo que á los guardas de la jaula, no escapando de aquella sangrienta ejecucion más que dos hijos del desgraciado Quateotzin, un varon y una hembra, que fueron mas tarde altamente favorecidos en México por Moteuhzuma.

El de Chalco, sin embargo, trató de remediar su difícil situacion, y á este efecto mandó una embajada al príncipe, procurando disculpar su conducta por el excesivo cariño que le profesaba, y la exaltacion que le habia producido el saber que olvidado de los agravios que los mexicanos le habian hecho, se resolvia á prestarles su poderosa ayuda; pero que reflexionando despues, y viendo que su deber antes que todo era obedecer, estaba dispuesto á obsequiar sus órdenes, pidiéndole perdon por los errores cometidos. Nezahualcoyotl contestó como debia á los enviados del pérfido Tozintecuhtli, despreciando sus excusas y ofrecimientos, diciendo que para nada necesitaba de su auxilio, y amenazándole con el castigo á que se habia hecho acreedor. Despues de esto no quedó al rey de Chalco mas recurso que guarnecer sus fronteras y cortar toda relacion entre sus súbditos y los de Tezcoco.

XXVI.

Comprendiendo que no habia que perder tiempo, Nezahualcoyotl hizo que de los embajadores mexicanos volviesen Tepolomichin y Tepeuhli á informar á Itzcohuatl de lo que pasaba, así como del pronto auxilio que le impartiria en el momento que llegasen las tropas de Huexutzinco y Tlaxcallan, conservando cerca de sí á Moteuhzuma. A la sazón ya el infante Quauhtlehuantzin obrando con la mayor actividad, tenia listos mas de cien mil hombres, que se reunian en los campos de Acolman, Chiauhitla y alderredores de Tezcoco. Deseando, empero, antes de emprender ninguna operacion, conocer por sí mismo el estado que guardaban las cosas de la guerra, resolvió Nezahualcoyotl marchar á México en secreto, como lo verificó de noche, llevando solamente consigo á Moteuhzuma y unos cuantos criados de confianza.

No hay necesidad de pintar el júbilo de Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin con aquella inesperada visita. Sin distraerse en inútiles manifestaciones, el príncipe recorrió los puntos fortificados, se informó del número y calidad de las fuerzas, y tomó nota, en suma, de todo lo que le interesaba saber. Des-

pues de esto quedó acordado con los reyes de México y Tlaltelolco, el siguiente plan de campaña.

Reunidas las tropas auxiliares, Nezahualcoyotl enviaria á México 250,000 hombres, combinando los movimientos en estos términos: los mexicanos y tlaltelolcas, al mando de sus reyes respectivos, embestirian directamente las fronteras de Azcapuzalco, mientras que Moteuhzuma con 100,000 hombres marcharia por Tlacopan; el príncipe Tlacaeltzin con otros 100,000 atacaria una fortificacion que tenia el enemigo en el punto en que se unen los rios de Azcapuzalco y Tlalnepantla, y el mismo Nezahualcoyotl con el resto de sus fuerzas, desembarcaria á la falda del Tepeyacac, y proseguiria destruyendo todas las poblaciones que habia á las orillas de dichos rios hasta Azcapuzalco. Este movimiento debia ser simultáneo, para lo cual, el príncipe haria saber su desembarque por una gran luminaria puesta en el cerro de Quauh-tepec, contiguo al Tepeyacac. Se dejaria ademas una fuerte guarnicion en Culhuacan, á fin de impedir cualquiera accion de los xochimilcas, aliados del señor tecpaneca.

Conferenciaba todavia Nezahualcoyotl con Itzcohuatl y Quauhtlehuantzin, cuando llegaron unos espías á noticiar que Maxtla tenia preparado un ejército de 300,000 hombres, al mando de un valiente general, llamado Mazatl, para atacar dentro de tres dias las ciudades de México y Tlaltelolco. Esta noticia hizo que se apresuraran las operaciones, pues se comprendió la ventaja de llevar la guerra al país enemigo, en vez de aguardar el ataque; y en consecuencia, el príncipe prometió que aun cuando no hubiesen llegado las tropas aliadas, mandaria el dia siguiente el mayor número que pudiera, para que á los dos dias muy temprano (el 12 de Febrero de 1428, segun el cómputo de Veytia), se desarrollase el plan que dejamos referido.

Al regresar Nezahualcoyotl á Tezcoco, encontró que habian llegado ya las tropas huexutzincas, mandadas por sus mismos señores, así como las de Chollolan, Tepeyacac y otras provincias, que juntas formaban 300,000 hombres, faltando

solo las de Tlaxcallan. Inmediatamente dispuso que en la madrugada del siguiente dia se moviese todo el ejército hacia México, para lo cual habia preparado de antemano el suficiente número de canoas. Cuando el enemigo observó desde la ribera de la laguna, aquella multitud de guerreros, se apresuró á ponerlo en conocimiento de Maxtla, quien apenas podia dar crédito á lo que le decian; llamó empero á su general Mazatl, ordenándole que reuniese sus tropas y marchase á impedir el desembarco; mas las fuerzas de Tezcoco, en vez de empeñar ninguna accion, se dirigieron á la costa oriental de Tlaltelolco, en donde saltaron en tierra sin obstáculo alguno.

El dia siguiente muy temprano partió Nezahualcoyotl con el resto de la fuerza, que pasaba de 50,000 hombres, y al salir el sol desembarcó á la falda del Tepeyacac, mandando encender la grande hoguera en el cerro de Quauhtepec, para anunciar su llegada á los mexicanos como se habia convenido. En el acto que estos observaron la señal, atravesaron en canoas un corto espacio de la laguna, atacando á los tepanecas por tres lados, y con tal ímpetu, que no pudieron estorbarles el desembarco. Empeñada la accion en las costas de Azcapuzalco, se luchó con igual valor y encarnizamiento por ambas partes, hasta el extremo de que segun la expresion de los historiadores, corrieron arroyos de sangre.

A cosa de medio dia llegó Nezahualcoyotl, que al moverse desde Tepeyacac, habia tomado todas las poblaciones que hallara á su paso, obligando al enemigo á desampararlas, y guarneciéndolas con gente suya. Los tepanecas se replegaron con su jefe Mazatl, que resistia los ataques de mexicanos y tlaltelolcas. Estos, haciendo un esfuerzo supremo, lograron desalojar á los primeros de una zanja y una trinchera que tenian cerca de Petlatalco, pero reponiéndose los tepanecas cargaron sobre los mexicanos, obligándolos á retirarse hasta orillas de la laguna, en tal confusion, que ya se creian definitivamente derrotados.

En aquellos críticos momentos llegaron á reforzarlos Ne-

zahualcoyotl y Tlacaeltzin por la derecha, y por la izquierda Moteuhzuma, que conforme al plan combinado, habia invadido por Tlacopan, cuyo señor, Totoquiyanhtzin, aunque pariente de Maxtla, favorecia secretamente la causa del príncipe chichimeca, y se rindió despues de un ligero simulacro de defensa. Estos oportunos auxilios restablecieron la moral entre mexicanos y tlaltelolcas, quienes atacaron de nuevo al enemigo, quitándole su antigua posicion, y obligándole á replegarse á otra trinchera fortificada que tenia en Mazatzintamalco.

La llegada de la noche hizo suspender el combate, retirándose los beligerantes á sus respectivas posiciones. Mazatl resolvió encerrarse en la fortificacion de Mazatzintamalco, que era una zanja bastante profunda, guarnecida de un alto parapeto, que circunvalaba toda la extensa ciudad de Azcapuzalco. El ejército tepaneca que allí se defendia, llegaba al enorme número de 300,000 hombres.

El dia siguiente todo el ejército aliado se movió en busca del enemigo, llevando un contingente de mas de 400,000 hombres, á pesar de las pérdidas sufridas en los combates anteriores, y las fuertes guarniciones que quedaron en las posiciones conquistadas. Ese considerable número se explica, porque á la sazón se habian incorporado ya las tropas tlaxcaltecas y las de otras partes.

Al observar la fuerte posicion de los de Azcapuzalco, los aliados resolvieron no empeñar una accion violenta, sino poner sitio para cortarles todo recurso exterior y emprender frecuentes asaltos segun fuese conveniente; de esta manera, el resultado final, aunque algo tardío, era mas seguro. Dividióse, pues, el ejército en cuatro partes iguales, ocupando los alrededores de la ciudad en los siguientes términos: al Oriente, los reyes de México y Tlaltelolco, teniendo su retaguardia apoyada por la fortificacion de Petlatalco, y conservando expedita su comunicacion con México por la laguna: al Norte, el príncipe Tlacaeltzin, al abrigo de las posiciones tomadas; al Sur, Moteuhzuma, estableciendo su base en

Tlacopan; y por último, al Poniente el mismo Nezahualcoyotl, que escogió el rumbo mas peligroso, pues tenia á su espalda todo el reino tecpaneca, y por lo mismo, no contaba con apoyo ni retirada libre en caso de un reves, mientras que era preciso desplegar una constante vigilancia á fin de impedir los auxilios que por aquel lado pudiesen llegar al enemigo. Cada uno de estos diversos cuerpos, extendieron sus líneas por derecha é izquierda, de manera que tocándose mutuamente, la plaza quedó completamente sitiada y sin esperanza de recibir ningun auxilio exterior.

XXVII.

Establecido el sitio en derredor de la fortaleza de Mazatzintamalco, comenzó una série de combates entre sitiados y sitiadores, pues los primeros hacian diarias y frecuentes salidas al campo de los aliados, trabándose multitud de luchas parciales en que corria la sangre con profusion. Las pérdidas, sin embargo, eran de mucha mayor trascendencia para los tecpanecas, puesto que estando reducidos á un cerco riguroso, en que no les podian entrar socorros de ninguna clase, se veian en la imposibilidad de reponer las bajas que sufría su ejército, mientras que los aliados recibian constantemente refuerzos, que les llegaban de los puntos mas distantes.

Comprendiendo Mazatl que de continuar así las cosas su derrota final era indefectible, persuadió á Maxtla á que mandase mensajeros á Coyohuacan, Xochimilco, Quauhtitlan, Tepóztotlan y otros gobiernos amigos, así como á las principales poblaciones del reino, para que reuniesen el mayor número posible de tropas, y situadas determinado dia en Tenayocan, marchasen sobre los sitiadores, á la vez que los e

la plaza harian una salida, atacando al mismo tiempo al enemigo por el frente y por la retaguardia.

Este hábil movimiento estratégico quedó perfectamente combinado, pues los emisarios del monarca tecpaneca lograron burlar la vigilancia de los sitiadores, y desempeñaron su encargo con toda puntualidad. Por su parte, los gobiernos amigos y las ciudades del reino desplegaron una grande actividad en obsequiar las órdenes referidas, de tal suerte que el dia prefijado se halló en Tenayocan un ejército de mas de 200,000 hombres, pronto á ejecutar la combinacion antes dicha.

No obstante, Nezahualcoyotl y demas jefes de los sitiadores, tuvieron noticia á tiempo por medio de sus espías del movimiento proyectado, poniéndose luego sobre las armas para resistir el ataque. Desde el momento que Mazatl divisó las fuerzas auxiliares, dispuso la salida de todo su ejército, como en efecto lo verificó, trabándose un combate sangrientísimo, pues por ambas partes lucharon con el valor de la desesperacion. La batalla comenzó al amanecer y duró toda la mañana, hasta que poco despues del medio dia se encontraron Moteuhzuma y Mazatl, que al punto se acometieron con un furor sin igual. Aquella singular contienda duró algun tiempo, pues ambos caudillos tenian bien sentada su reputacion de valientes guerreros, pero al fin el príncipe mexicano, más favorecido de la fortuna, logró acertar un golpe en la cabeza al general tecpaneca, dejándole muerto en el acto.

Aquel sangriento suceso vino á ser decisivo para el triunfo de los aliados; pues á la vez que enardeció su valor, los tecpanecas, viendo muerto á su general, desmayaron completamente y quedó consumada su derrota. Ya entonces, Nezahualcoyotl, al frente del ejército victorioso, penetró en la abandonada fortificacion, ocupando á Azcapuzalco despues de un sitio de 114 dias, haciendo una horrible carnicería en los vencidos, cuyos bienes fueron entregados á sus soldados como botin de guerra.

El tirano Maxtla, que segun parece no estaba por el valor á la altura de su soberbia, se habia abstenido de tomar parte en las operaciones de la guerra, permaneciendo en su palacio, y fiando quizás demasiado en la pericia de su general y en la decision de sus tropas; pero en el momento que se vió perdido, en vez de correr á ponerse al frente de sus soldados para participar de su mismo destino, y alcanzar al menos una muerte gloriosa en el campo de batalla, se sintió poseido de un terror pánico insuperable, y corrió á esconderse en un temaxcalli. Sus enemigos le descubrieron sin mucha dificultad y le llevaron á la presencia de Nezahualcoyotl; este mandó que le condujeran á la plaza, hizo que se arrojara y le dirigió una série de cargos por sus crueldades y traiciones, así como por los muchos males que con su despotismo habia causado. Maxtla no procuró excusarse siquiera, sino que sometiéndose al rigor de su suerte, excitó á su vencedor á que le matara. El príncipe entonces le hirió con su macana dejándole sin vida; dispuso luego que se le sacara el corazon y se esparciera su sangre á los cuatro vientos, y haciendo llevar una gran cantidad de leña, se levantó una hoguera en la cual fué colocado el cuerpo por el mismo Nezahualcoyotl y los reyes, que estuvieron presentes hasta que el fuego consumió el cadáver de Maxtla. De esta manera quiso el príncipe dar un público testimonio del respeto que merecia la dignidad real, aun cuando el que la llevara se hubiese hecho acreedor á los mas crueles castigos.

Este importante suceso tuvo lugar el dia 6 de Junio de 1428.

XXVIII.

La muerte de Maxtla y la destrucción del imperio teapaneca, fué el grande y doble suceso que afianzó sobre sólidas bases el poder de Nezahualcoyotl. Su preparacion y consumacion forman el mejor testimonio de los extraordinarios talentos del príncipe chichimeca, quien poseyendo el raro arte de disimular, de tener paciencia, vió venir de lejos los acontecimientos, supo desorientar á sus enemigos, ponerse al abrigo de sus perversas maquinaciones, burlarlos en seguida y convertir en provecho de su causa el descontento de los pueblos y los errores de sus tiranos. El destronamiento y muerte del autor de sus días, aquella catástrofe sangrienta que le dejó humillado y proscrito, eran hechos que tenia constantemente en la memoria, aguijoneando su valor, inspirándole una constancia á toda prueba para llegar al fin á reconquistar derechos que se identificaban con el bienestar de sus súbditos, que aun en los días mas prósperos del usurpador, le profesaron esa adhesion sin límites que abrigan los pueblos por aquellos caudillos en quienes ven cifrada la esperanza de su libertad.

De sentirse es que Nezahualcoyotl hubiese abusado cruel-

mente de su victoria; pero es preciso tener en cuenta que en el desarrollo moral que habian alcanzado en su época los pueblos del Nuevo Mundo, todavia se hallaban muy lejos de esas ideas humanitarias que son el fruto de una civilizacion harto avanzada. Puede decirse, sin embargo, que aun cuando nuestro héroe cediese en gran parte al torrente de feroces preocupaciones de la sociedad en que vivia, su alta inteligencia estaba muy por encima de los bárbaros instintos de venganza, que á cada momento estallaban en manifestaciones horribles, buscando su satisfaccion á costa de inauditas crueldades. Esta verdad la vemos comprobada en multitud de hechos, que forman la historia del personaje mas grande sin duda alguna entre los antiguos pobladores del Anahuac.

Durante dos días y dos noches la ciudad de Azcapuzalco fué entregada á la furia de los vencedores, quienes la saquearon é incendiaron, pasando despiadadamente á cuchillo á sus habitantes, sin distincion de edad ni de sexo. El príncipe cedió á sus tropas los despojos de los vencidos, destinó la ciudad para mercado de esclavos, y dió en seguida las órdenes necesarias para marchar y concluir la conquista de los teapanecas.

Movióse el ejército dividido en los cuatro cuerpos de que hemos hablado, y se dirigió desde luego á Tenayocan, antigua capital de los chichimecas, y una de las principales ciudades del reino. Despues de algunos días de resistencia fué tomada por los aliados, haciéndole sufrir un castigo igual al de Azcapuzalco. La misma suerte tuvieron Tepanohuayan, Toltitlan, Quauhtitlan, Teoloyocan y todas las demas poblaciones situadas al Norte hasta Xaltocan, en cuya campaña se empleó el resto del año. Llamándole empero la atencion los sucesos de Tezcoco, determinó Nezahualcoyotl suspender por entonces la conquista, dejando fuertes guarniciones en los puntos que juzgó necesario y volviendo con su ejército á México. Despidió una parte de las tropas aliadas, colmándolas de elogios y de presentes, y manifestándoles que no

tardaría mucho tiempo sin que de nuevo emplease su ayuda para acabar de someter á los príncipes rebeldes.

En la capital de los aztecas los triunfos sobre el enemigo comun fueron celebrados á fines de aquel año con una pompa inusitada, en que no escasearon los sacrificios humanos, corriendo con profusion la sangre de millares de cautivos. Aunque al príncipe repugnaban aquellas prácticas de horrible fanatismo, asistió á las ceremonias por mera condescendencia con sus aliados y amigos. Justamente agradecidos los mexicanos, quisieron jurar á Nezahualcoyotl por gran chichimeca tecuhtli y heredero legítimo del trono de Tezcoaco, pero el príncipe se negó á ello, emplazando aquella solemnidad para cuando acabase de reducir á la obediencia á los que con motivo de la rebelion de Huexotla, se habian sublevado, lo mismo que los restos del reino tecpaneca.

XXIX.

En efecto, mientras que la victoria habia ceñido con gloriosos laureles las sienes de Nezahualcoyotl en los campos de Azcapuzalco, el traidor Iztlacautzin, ayudado activamente de Tlilmantzin y Nonohualcatl, habia extendido la sublevacion de Huexotla á una gran parte del imperio chichimeca, apoderándose de la capital y levantando un gran número de fuerzas. El príncipe no desconocia la importancia de aquellos sucesos, pero disimulando la inquietud que le causaban tomaba parte en todos los regocijos de los mexicanos, dejándoles aun entrever la idea de quedarse á vivir entre ellos, para lo cual deseaba construir un suntuoso palacio.

Los mexicanos aceptaron con gusto semejante idea, apresurándose á obsequiar sus deseos y reuniendo todos los materiales y trabajadores necesarios para la obra. Nezahualcoyotl escogió á Chapoltepec, haciendo en él un bosque que abasteció de abundantes animales de caza. Los autores chichimecas le atribuyen las albercas formadas en aquel poético sitio, así como un acueducto de mampostería para surtir á la ciudad de México.

En medio de estas aparentes distracciones no olvidaba un